



Anselm Grün, O.S.B.¹

Adán: hombre y mujer

El significado originario de Adán no es «hombre», sino «ser humano» en general. Dios formó al ser humano de la tierra. Adán viene de «*Adama*» (= suelo, tierra). El ser humano tiene, por tanto, una profunda vinculación con la tierra. El ha sido tomado de la tierra y a la tierra volverá con la muerte. Pero la tierra recibe el hálito de vida que Dios insufló a Adán en su nariz. Así, pues, hay a la vez algo divino en el ser humano. La Biblia conoce dos relatos sobre la creación del ser humano. El más antiguo se nos narra en el segundo capítulo del libro del Génesis. Según él, Dios crea primero la tierra. Pero no producía todavía ningún fruto. Entonces forma Dios con la tierra al ser humano y le insufla el hálito de vida: «Y el ser humano se convirtió así en un ser viviente» (Gen 2,7). Después Dios planta para él un jardín. El ser humano debía alegrarse con los árboles y sus frutos. Tenía a la vez la misión de cultivar el jardín. Pero el ser humano se siente solo. Dios crea entonces toda clase de animales y se los presenta. El pone a cada cual su nombre. Pero en ellos «no encontró una ayuda adecuada» (Gen 2,20). De la costilla de Adán, Dios crea entonces una mujer. De ella puede decir Adán:

«Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer (*ischah*), porque del varón (*isch*) ha sido tomada. Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne. Estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, pero no se avergonzaban el uno del otro» (Gen 2,23-25).

Lo que más me llama la atención de este relato es que el hombre aparece como referido hacia la mujer. Ambos forman una unidad profunda. El hombre suspira por la mujer. Encuentra su plenitud sólo cuando se sitúa ante la mujer en una buena relación. Hombre y mujer se complementan. En este libro quiero escribir sólo sobre el hombre. Pero sobre él yo no puedo escribir sin tener presente también su relación con la mujer. La historia de Adán y Eva esclarece no sólo la profunda unidad y la mutua pertenencia, sino también las motivaciones de las luchas de sexos que traspasan toda la historia de la humanidad. Es evidente que el hombre puede llegar a ser plenamente hombre sólo si reconoce a la mujer en paridad de rango y de valor y si se deja inspirar por ella. Esto se

¹ Anselm Grün, Monje y sacerdote benedictino alemán, nacido en 1945. Es doctor en Psicología, Teología y Ciencias empresariales. También es consejero espiritual y director de cursos de oración y meditación. Vive en la abadía de Münsterschwarzach (Alemania), de la cual es prior:

Abtei Münsterschwarzach

P. Anselm Grün

Schweinfurter Straße 40

97359 Münsterschwarzach Abtei

Tel.: 0049 (0) 9324/20 230

Fax: 0049 (0) 9324/20 231

E-Mail: Anselm.Gruen@Abtei-Muensterschwarzach.de

Internet: <http://www.abtei-muensterschwarzach.de/>

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



hace realidad sólo cuando él integra en sí a la mujer, cuando él entra en contacto con su «*anima*», tal como Jung designaba la parte femenina del alma masculina.

Adán y Eva están desnudos, y no se avergüenzan de ello. Se aprecian y se exhiben mutuamente. No tienen que esconderse el uno del otro. Y ninguno necesita llevar a cabo juegos de poder, o imponerse sobre el otro, o inculpar al otro. Pero esta situación de armonía no dura demasiado. La Biblia narra la conocida historia de la serpiente, que seduce a Eva. La serpiente insta a Eva a comer también de los frutos que Dios les había prohibido. Es un antiguo tema, que aparece en muchos cuentos. Con frecuencia la mujer no debe traspasar un espacio. Pero la prohibición se convierte precisamente en estímulo para que ella se introduzca en aquel espacio marcado por la fatalidad. No obstante, los cuentos ven este quebrantamiento del mandato como presupuesto indispensable para poder dar un paso adelante.

La Biblia, sin embargo, habla más bien de un retroceso. Eva «tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió. A ambos se les abrieron entonces los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores. Oyeron luego el ruido de los pasos del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista del Señor Dios por entre los árboles del jardín» (Gen 3,6-8). Esta historia se presta a diversas interpretaciones. Vista desde la psicología, a mí me convence la interpretación de C. G. Jung, para quien el comer del fruto del árbol de la ciencia es un acto de toma de conciencia. Para Adán y Eva se trata, pues, de un paso necesario en el camino de su plena realización personal. El ser humano sale de su situación paradisíaca y reconoce sus partes luminosas y sombrías. Puede ya distinguir entre el bien y el mal.

De esta historia me interesa sobre todo la inculpación del hombre a la mujer y el ocultamiento del hombre ante Dios y ante su mujer. Aquí se encuentra, a mi parecer, la razón de la lucha de sexos entre hombre y mujer, lucha que traspasa los siglos y que todavía hoy sigue activa, a pesar de las declaraciones y justificaciones de igualdad. Dios pregunta a Adán: «¿Dónde estás?» (Gen 3,9). Adán responde: «Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí» (Gen 3,10). Adán, pues, tiene miedo de presentarse ante Dios tal como es. Se esconde de Dios. Con ello está expresando algo esencial sobre sí mismo. A los hombres les cuesta soportar la propia verdad y mostrársela a Dios. Prefieren esconderse detrás de su fachada. Me parece que la pregunta de Dios es hoy más actual que nunca. Cada hombre debería dejarse interpelar por Dios: «¿Dónde estás? ¿Estás plenamente contigo mismo? ¿Eres realmente tú mismo? ¿Dónde estás con tus pensamientos? ¿Puedes soportarte tal como eres?». Sólo el que se hace estas preguntas puede llegar a ser hombre. La pregunta de Dios es, en mi opinión, la pregunta decisiva para la iniciación masculina, para el ejercicio en orden a la realización como hombres. Tengo que preguntarme dónde estoy yo, cómo soy yo y qué soy yo. Tengo que dejar de esconderme. Sólo cuando me atreva a permanecer en pie con mi desnudez, a aceptarme tal como soy -desgarrado, fuerte y débil, pasional y a la vez cobarde y esquivo-, sólo entonces maduraré en cuanto hombre.

Cuando Dios pregunta a Adán si ha comido del árbol prohibido, este echa la culpa a Eva: «La mujer que me diste como compañera me dio del árbol y comí» (Gen 3,12). También esta particularidad es característica de muchos hombres. No admiten la propia culpabilidad y la arrojan sobre los demás. Adán echa la culpa en última instancia al mismo Dios. Efectivamente, él ha sido quien le ha dado a su mujer. De su parte, Adán no puede hacer nada. Se niega a asumir cualquier responsabilidad respecto a su acción.

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



El hombre suspira por la mujer. Pero evidentemente lleva también dentro de sí una parte que siente temor ante ella. Por eso le echa la culpa cuando algo no sale bien. El hombre siente atracción por la mujer. Es una sola cosa con ella cuando con ella se hace una sola carne. Pero experimenta a la vez una ruptura interior en su relación con ella, y esta ruptura le lleva a acusar a la mujer.

En esta breve narración resuena ya la larga historia de la lucha de sexos, que recorre los siglos. Fascinación y acusación se entrecruzan; luchas de poder, heridas y miedos impregnan la relación entre hombre y mujer. Para el proceso de la realización masculina es importante que el hombre supere su miedo inconsciente hacia la mujer y asuma su «*anima*». C. G. Jung ve en la integración del «*anima*» un paso decisivo del hombre y, a la vez, el presupuesto para que el hombre deje de proyectar sus propios problemas sobre la mujer y de arrojarlos sobre ella.

En el relato de la creación de Génesis 1, cronológicamente más reciente, Dios crea al ser humano en el día sexto: «Entonces dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra [...]. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó» (Gen 1,26-27). Consiguientemente, el ser humano es, precisamente en su dualidad como hombre y mujer, vivo retrato de Dios. Los padres de la Iglesia griega reflexionaron una y otra vez sobre estos dos versículos (26-27) del capítulo primero del Génesis. Ellos tradujeron a su lengua los dos términos hebreos ahí utilizados para hablar de imagen y semejanza (*selem* y *demút*) con los términos «*eikon*» (imagen) y «*homoiosis*» (semejanza), desarrollando desde ellos una teología propia. El ser humano fue creado en su origen a semejanza de Dios. Su misión consiste en asemejarse cada vez más a Dios. El concepto de semejanza describe, pues, el objetivo al que el ser humano ha de tender. Este debe reproducir cada vez mejor a Dios y llegar a ser como Dios. Tal es la auténtica vocación del hombre. Me parece que en este lenguaje se hace perceptible algo que es esencial en el hombre. Cada hombre es semejante al Creador. De aquí deriva su gran dignidad. El es creador como Dios. Su tarea consiste en asemejarse cada vez más a Dios. En esta frase de Génesis 1 creo que se hace patente a la vez que el hombre se asemeja a Dios sólo cuando clarifica y configura también su relación con la mujer de acuerdo con el designio originario de Dios: no sometimiento, sino igualdad; no menosprecio, sino estima; no enfrentamiento, sino armonía; no escisión, sino fusión.

Quisiera solamente abordar un aspecto de la masculinidad que me parece importante en esta historia de la creación. En su referencia a la mujer, el hombre se siente siempre como ser sexual. Yo no puedo hablar sobre la masculinidad sin ocuparme de la sexualidad masculina. Los hombres desconfían de que la Iglesia les pueda ayudar en la formación de su sexualidad. Con demasiada frecuencia han experimentado que la Iglesia se limita a condenar la sexualidad o que quiere simplemente reglamentarla con todo detalle. Los hombres desean hablar abiertamente de su sexualidad. Odian la moralina que a menudo se introduce en la perspectiva de la Iglesia sobre la sexualidad. La Biblia habla de la sexualidad masculina con toda naturalidad. El lenguaje bíblico no está todavía contaminado de la moral sexual romana.

En Adán se muestra la sexualidad en su anhelo por ser una sola carne con su mujer. Hombre y mujer están desnudos, pero no se avergüenzan el uno del otro. Adán tiene, por tanto, un sano enfoque de su sexualidad. Tras la caída, sin embargo, él se avergüenza de su desnudez. Queda perfectamente expresado aquí el enfoque ambivalente de muchos hombres respecto a su sexualidad. Por una parte, presumiendo

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



constantemente de su potencia sexual, no tienen reparo alguno en propalar sus aventuras sexuales. Pero, por otra parte, lo que en realidad hay detrás de sus manifestaciones no es sino una profunda inseguridad frente a su propia sexualidad. Cuando los hombres se juntan entre sí, se consigue a veces que hablen sinceramente de su sexualidad. Los jóvenes no saben cómo han de enfrentarse con sus desmesuradas energías sexuales. Ellos experimentan la sexualidad como una fuente de fuerza y de placer. Pero su educación les impide con frecuencia situarse adecuadamente ante esta importantísima energía vital y vivir desde ella. Muy a menudo la sexualidad es algo de lo que se habla sólo entre bastidores. A los hombres les hace bien poder intercambiar con franqueza sus experiencias con la sexualidad. Se deciden entonces a expresar sus miedos de no ser suficientemente buenos en la sexualidad, de no corresponder a las expectativas de la mujer. O hablan incluso de sus problemas con la masturbación. A pesar de todas las informaciones sexuales, ellos no suelen saber cómo deben afrontarla. La autocomplacencia es practicada por un elevado porcentaje de hombres (98%), unos sólo algunas veces, otros con frecuencia. Sin embargo, apenas se atreven a hablar de ello. En unos pesa todavía el sentimiento de culpabilidad; en otros, el reconocimiento de que la relación con las mujeres no satisface plenamente su sexualidad. Sin hacer valoraciones, es importante intercambiar ideas sobre la autocomplacencia en el intento de afrontar la propia sexualidad. Uno se ha de preguntar sobre todo si no hay otros caminos para abordar este tema de la sexualidad. La edad va haciendo descubrir a los hombres que la creatividad es un camino para orientar las energías sexuales sobre otra vía. En algunos casos la sexualidad queda encauzada hacia la espiritualidad. Para Sigmund Freud, la sexualidad era un importante impulso para la cultura. Además, la sexualidad es siempre un camino para estar en contacto con el cuerpo, para sentirse con todos los sentidos. La sexualidad es también la fuente de la que brota la fuerza erótica en todas las relaciones. Ella preserva a uno de relaciones aburridas. Ella aporta vitalidad y animación. Fluye por todas partes y, gracias a ella, se puede saborear el eros que surge por dentro y por fuera entre uno y su pareja.

Es importante para el hombre tener ideas claras respecto a su identidad sexual. Tiene que saber con precisión si es heterosexual u homosexual. A veces las fronteras son borrosas e inestables. Muchos hombres son heterosexuales. Llegar a conocer y tomar conciencia de la identidad sexual es un presupuesto determinante para aceptarse como hombre. También aquí es decisivo que dejemos aparte todas las valoraciones. Cada hombre -homosexual o heterosexual- tiene sus virtualidades, sus fuerzas, y también sus peligros. Los hombres homosexuales se han entregado en los últimos años a la búsqueda de su propia masculinidad todavía con más intensidad que los hombres heterosexuales. En lugar de disculparse por su homosexualidad -como sigue siendo habitual aún en muchos círculos sociales-, se alegran de su condición. Han tomado conciencia de su cuerpo y se expresan a sí mismos, con todo su ser, en su cuerpo. Con frecuencia tienen una profunda sensibilidad estética y una gran apertura hacia la espiritualidad. Cuando hablo en este libro de la masculinidad, pienso siempre en los hombres heterosexuales y homosexuales. Soy consciente de que muchos homosexuales se sienten heridos por la Iglesia. Con demasiada frecuencia escuchan que la homosexualidad es antinatural. Pero tales valoraciones son falsas. La homosexualidad se puede deber a motivaciones diversas: a la educación, a una excesiva vinculación con la madre, a experiencias sexuales, pero también a una determinada configuración genética. En definitiva, nadie puede decir por qué un hombre o una mujer son homosexuales. Lo

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



decisivo es que el homosexual se reconcilie con su condición y su tendencia y que, desde esa reconciliación, haga lo mejor. Esto significa que también él puede vivir su homosexualidad de una manera humanamente digna.

En el paraíso, Adán y Eva no se avergüenzan de su desnudez. Después de la caída, sin embargo, reconocen que se encuentran desnudos y, por temor, Adán se esconde de Dios. La vergüenza es la que les lleva también a hacerse unos ceñidores con hojas de higuera. Sobre el rema de la vergüenza se han escrito, sobre todo por parte de los psicólogos, muchas y valiosas reflexiones. Vergüenza es el miedo a mostrarse tal como uno es. Y un aspecto esencial de la vergüenza es la vergüenza sexual. Uno se siente incómodo con su desnudez e intenta cubrirse. La vergüenza tiene siempre algo que ver con la necesidad de protección. Uno se protege de las miradas descaradas de otros. Pero la vergüenza es también expresión de que uno no ha logrado aceptarse en su desnudez. Desea ocultarse de sí mismo, de Dios y de los demás. Cuando los hombres dejan a un lado su vergüenza y se muestran tal como son, surge de repente una gran confianza. Pueden ya decirse sí a sí mismos tal y como son. No necesitan ningún vestido más para cubrirse. Se atreven a mostrarse en su vulnerabilidad. Y es que las heridas son inherentes a la sexualidad, con toda su hermosura y fascinación. Las bromas sobre la sexualidad ajena pueden ocasionar profundas molestias. Yo he tenido grupos masculinos que hablaban muy abiertamente sobre su sexualidad y que mostraban un gran respeto hacia los demás. Cuando esto se consigue, se experimenta algo de la situación paradisiaca. Todos «estaban desnudos, pero no se avergonzaban el uno del otro» (Gen 2,25).

La biología de la sexualidad masculina tiene una profunda significación. El hombre es portador de semillas. La semilla fluye y engendra una criatura. El hombre es esencialmente creador. Su sexualidad es energía creadora. El hombre o llega a ser padre en sentido biológico, engendrando un hijo, o lo es en sentido espiritual. Erik Ericson habla de la «generatividad» (fuerza creadora). El hombre se siente en su propia piel cuando de él sale algo. En mi caso es a través de la escritura como dejo que fluyan mis energías creadoras. Para otros es la pintura o la fundación de obras sociales. Sin la «energía fálica», el hombre se convierte en un ser aburrido. Ya no es él mismo. Para llegar a ser hombre he de aprender, pues, a afrontar de manera correcta mi sexualidad. Este aprendizaje se hace siempre a base de fallos y de errores. Yo he de encontrar mi propio camino personal para integrar mi sexualidad en mi concepción de la vida. No se trata de pregonar a los cuatro vientos la propia sexualidad. Detrás de este pregonar suele esconderse una gran inseguridad. Jan Vanier, el fundador del Arca, comunidad de impedidos y no impedidos, decía una vez a Richard Rohr que su experiencia le había llevado a la conclusión de que «prácticamente todos en el mundo occidental tienen que vérselas con dos enfermedades fundamentales: con una sexualidad perturbada y con un problema profundo de autoridad². Todo hace pensar que estos dos problemas están en relación de dependencia. Puesto que muchos hijos no han sido educados de manera pertinente por sus padres en lo que atañe a su masculinidad y a su sexualidad, estos no saben después cómo pueden afrontar su sexualidad. Ellos además no han construido ninguna relación auténtica con el padre. Y hombres con una herida en su relación con el padre tienen siempre problemas de autoridad. Yo he hablado con muchos hombres que

² R. Rohr, *Der wilde Mann. Geistliche Reden zur Männerbefreiung*, Munich 1986, 59 (trad esp: El hombre salvaje: charlas espirituales sobre la liberación masculina, Comercial, Valencia 1997).

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



han emprendido grandes cosas. En una conversación sincera también aparece en algún momento el tema de la sexualidad. Para los hombres es algo fascinante. Pero es a la vez, en la mayoría de los casos, algo quebradizo. Frecuentemente no consiguen alcanzar el objetivo tal como nosotros lo imaginamos. Cuando podemos hablar francamente sobre ello, aparece entonces una luz que ilumina la sexualidad oculta para nosotros y para los demás. Y encontramos así una adecuada solución para ella.